

serva en el palacio de Gandía; de repente se inunda su alma de viva luz, y oye estas palabras: «Si quieres que deje vivir más tiempo á la duquesa, su salud está en tus manos, pero te advierto que esto no te conviene.»

Entonces, sometiéndose á la voluntad divina, deja en libertad á Dios para hacer lo que más le plazca. Su sacrificio fué aceptado. La enferma pasaba, hacía algún tiempo, por alternativas que daban lugar á la esperanza; desde entonces descendió rápidamente y comprendió que su fin estaba próximo. Asistióla el duque, prodigándole pruebas de la más delicada ternura y los consuelos que inspira la fe más acendrada. Doña Leonor de Castro recibió piadosamente los últimos sacramentos; hízose leer la pasión de Nuestro Señor, y murió el 27 de Marzo de 1546.

La hora de Dios había sonado. La muerte de la emperatriz Isabel, siete años antes, había separado á Borja de la Corte y de las vanidades del mundo; las pruebas delicadas que acababa de atravesar y la muerte de su mujer le separaban ahora del mundo. Iba á mostrársele el término adonde Dios le encaminaba. Demasiados obstáculos se lo ocultaban para que hubiera podido distinguirlo antes. En pocos años habían desaparecido todos estos obstáculos. Quien, en la rectitud de su alma, nunca quiso sino el deber, en presencia de un deber difícil, no vacilaría.

2. *El Santo Duque*

Desde que oyeron hablar uno de otro, Ignacio de Loyola y Francisco de Borja profesábanse un afecto profundo. En 1541, al recibir en Roma una carta del virrey de Cataluña, parece que dijo San Ignacio: «¡Quién podría creer que este señor vendrá aquí algún día á gobernar la Compañía!» Por su parte, penetrado como estaba del deseo de reformar la Iglesia, sintióse Borja, desde que la conoció, invenciblemente atraído hacia la nueva Orden, á la cual destinaba Dios tan gran parte en la reforma.

En 1543, antes de la muerte de su mujer, fundaba en Lombay el duque de Gandía un convento de Dominicos, destinado á la evangelización de sus súbditos moriscos, y quiso abrir una escuela para los niños de éstos en Gandía, confiada á los Padres de la Compañía. En 1544, manifestó su deseo al Padre Aráoz, quien lo comunicó á San Ignacio. El santo aconsejó al duque que fundara preferentemente un colegio para todos sus súbditos; Borja aceptó, y el 16 de Noviembre de 1546, recibía, en Gandía, al Padre Andrés de Oviedo y á los seis jóvenes profesores que le enviaba Ignacio.

Lejos de prevalerse de sus beneficios, escribía Borja al santo Fundador: «Plega al Señor nos dexee entender, con acción de gracias, qué cosa es llamar á uno, para servirse dél, sin tener necesidad ninguna dél, poniéndole

en los negocios en que puso y cometió á su sacratísimo Hijo. Por cierto tengo que, si esto se tuviese en lo que vale, los reyes dexarían sus officios por ser siervos de los siervos de Dios. A. V. R. pido por caridad no me olvide con sus cartas, pues veo no me olvida en sus oraciones, para que el Señor no permita sea siempre su siervo inútil, que no hago sino comer el pan de balde...»

Y también:

«Al Señor de los señores den los Angeles infinitas gracias por las misericordias que haze á este ingrato pecador, embiando sus ministros para que le hoyan, y le hablen, y remedien en sus necesidades. ¡O bendita sea su inmensa caridad! ¡O si V. R. me conociese á mí, y supiese quién soy yo, cómo se acresentaría en el amor de su Dios, viendo lo que conmigo haze! Píadosamente creo que con especial admiración le alaban los ángeles por las cosas que ha pasado en mí, por darme conoscimiento de sí... Porque dado que mis pecados me impidan ser de los hijos de Israel, al fin por la bondad de Dios soy de los que ha dado desseo de comer *de micis quae cadunt de mensa dominorum suorum*, y así con este atrevimiento de la Cananea, aunque no con su fe, pido á V. R. en el Señor le suplique una gracia, en que agora me comienza alguna vez á exercitar; porque veo que la quiere dar y la comienza á dar; y tras esto mi flaqueza es para derribar en una hora lo que el ángel de Dios ha edificado en un mes. Por donde tengo gran necesidad de perseverancia, y de bolver á la primera piedra

levantando lo caydo. Y en esto me ha de socorrer la fortaleza (*sic*) de V. R. y su ayuda en la oración, como lo confío de su caridad. Y para que ella se pueda más dilatar, diré lo que pido, y es que el Señor me dé desseos de poder decir con el Profeta. *Providebam Dominum in conspectu meo semper*, etc. V. R. me favorezca delante el divino acatamiento, que es la continua contemplación, para la cual fueron criados. Bien veo que pido mucho, y que cuesta mucho; mas así como pide lo justo el que pide al fuego que caliente, así también es justo el que pide que el hombre contemple, alabe y sacrifique á su Creador.

»Plegue á S. D. M. que V. R. me responda: *fides mea te salvum fecit*; porque yo lo he suplicado al Señor por su fe y por sus méritos de V. R., y tengo por cierto he de alcanzar la gracia; la qual comunique el Spiritu Sancto á los justos de manera que merescan aparejar á los pecadores para la vida eterna, donde entera y eternamente se cumpliera su divina voluntad.»

Dos meses después, respondía Dios á la demanda del santo duque arrebatándole la duquesa de Gandía. La muerte de su mujer puso á Borja de repente en presencia del término hacia el cual, desde la muerte de la emperatriz, Dios le había encaminado. La marcha al holocausto se efectuaba por etapas; la última fué franca; y como Francisco de Borja ignoraba las lentitudes é indecisiones, no tardó en tomar el partido de abrazar el estado religioso.

El 2 de Mayo de 1546 acababa el P. Pedro Fabro de pasar dos días en Gandía, y el 5 bendecía la primera piedra del colegio. Borja, viudo hacía dos meses, encontró en el bienaventurado el maestro que deseaba escuchar, y resolvieron juntos el proyecto que pronto había de realizar. Hizo ejercicios espirituales, y el 2 de Junio, víspera de la Ascensión, depositó en manos del P. Andrés de Oviedo el voto de entrar en la Compañía. El 9 de Octubre de 1546, le recibía San Ignacio en su Orden. «Por el momento—decía el Santo,—el mundo no tiene los oídos bastante sensibles para oír tal explosión.» Por eso aconsejó á Borja que tuviera en secreto su determinación, y esperara para poder manifestarla, á colocar á su hijo mayor y á dos de sus hijas, á terminar las obras que había empezado en Gandía, y, en fin, á tomar el grado de doctor en Teología.

*
* *

Desde luego que, con su ejemplo, sus consejos y su influencia, puede decirse que el duque de Gandía, fué el alma de la Compañía de Jesús en España. El 1.º de Septiembre fundaba San Ignacio la provincia de España y la sometía al gobierno del P. Aráoz. En esta época, no contaba la Orden, en el reino, más que cuarenta y un miembros repartidos en siete domicilios.

Hombre de ardiente iniciativa y de pronta ejecución, en lugar de un simple colegio, re-

solvió Borja fundar en Gandía una Universidad. Los cursos se abrieron en el mes de Octubre de 1545, en presencia de Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y el 4 de Noviembre de 1547, Paulo III remitió la bula de erección de la Universidad, cuya solemne inauguración celebróse el 7 de Marzo de 1549.

Esta Universidad en miniatura tuvo sus días de prosperidad, pero demasiado vecina de la de Valencia y bastante mal situada, no ofrecía ningún porvenir, y no respondió á las esperanzas de su fundador. El duque, que era un gran soñador, había elaborado hermosos planes y excelentes reglamentos. La Universidad debía contar con veintidós cátedras, pero de hecho se inauguraron tres cursos, y en vez de aumentar el número, se redujo. En 1553, suprimió Borja las clases de Gramática y conservó los cursos superiores. Tres años después, la falta de discípulos hacía abrir de nuevo dos clases de Gramática y una de casos de conciencia, y cerró las clases de Teología. Pronto quedó la Universidad con tres profesores solamente, gozando de un título al que no respondía ninguna realidad⁽¹⁾.

Por lo menos, la comunidad del Colegio y el P. Oviedo, su rector, edificaban á la población con su celo y su fervor, un fervor á veces indiscreto. Borja llevó á Gandía, con el consentimiento del Papa, al H. Juan de Texeda, quien,

(1) Vivió así hasta últimos del siglo XVIII. Cuando la supresión de la Compañía, fueron alquilados los edificios á familias pobres. En 1867, los Escolapios, llamados por el municipio, establecieron en ella un colegio.

separado de sus superiores regulares, y más celoso que prudente, doctrinó á Oviedo hasta el punto de inspirarle por la vida eremítica y penitente un placer que frisaba en iluminismo.

Seducida por el ejemplo de Texeda, la comunidad de Gandía trazóse un régimen de ayunos, oraciones y austeridades incompatible con las exigencias de una vida de estudios y enseñanza. Oviedo soñaba con ir á pasar siete años en el desierto. Tal indiscreción hubiera sido fatal al duque de Gandía, que se entregaba entonces á maceraciones y ayunos excesivos; pero San Ignacio velaba, y aconsejó al duque que redujera á la mitad el tiempo que dedicaba á la oración y á la abstinencia, que se alimentase bien para sostener y aumentar sus fuerzas, y que evitara las flagelaciones sangrientas. Pronto lo llevó, con admirable sabiduría, al perfecto cumplimiento de sus deberes de estado y á la adquisición de los dones eminentes que constituyen el estado de unión sobrenatural con Dios.

Borja se sometió antes que Oviedo, cuyas ilusiones duraban todavía en 1549. Entonces San Ignacio habló firmemente, y encargó al duque de Gandía que curara, á cualquier precio, el iluminismo del rector. Borja triunfó de él con su dulzura y sabiduría.

La generosidad del duque de Gandía no se circunscribió á los límites de sus Estados. En Valencia y Alcalá, sostenía con sus limosnas, á los estudiantes de la Compañía y suscitó fundaciones en Zaragoza y Sevilla. San Ignacio, á

quien repugnaba esta última fundación, envió á Borja una firma en blanco, dejándole en libertad para escribir lo que quisiera. Con una confianza tan ciega, mostraba él, tan prudente, el caso que convenía hacer del juicio del duque de Gandía.

Convencido, por su propia experiencia, del bien que hacían los *Ejercicios espirituales*, pidió Borja, en 1546, la aprobación del Papa para este libro. A sus ruegos, y después de maduro examen, el 31 de Julio de 1548 aprobaba Paulo III, por medio de una bula, la obra de San Ignacio. Otros importantes favores fueron concedidos á la Compañía á ruegos del príncipe.

*
* *

Todavía hoy llaman los habitantes de Gandía *el santo duque* á su antiguo soberano. Ningún título tan bien merecido, pues Gandía fué la escuela de santidad de Borja, y durante los pocos años de un retiro que no escogió él, sino que le deparó la Providencia, hizo su alma grandísimos progresos.

En el patio de honor del palacio de Gandía, una escalera, aislada de la obra, conduce á una vasta sala de recepción, que da á otra más pequeña, transformada hoy en capilla. Era ésta el gabinete, el despacho del príncipe. Al lado se había preparado Borja un pequeño oratorio, en donde diariamente se complacía en sepultarse para orar ó macerar sus carnes. El oratorio, por su forma baja y alargada y su techo de tres

planos, ofrecía el aspecto de un ataúd. Los dibujos trazados en las blancas paredes representan los misterios del Rosario. Este oratorio oyó las oraciones y vió las austeridades del santo duque; allí fué donde, rogando por la duquesa moribunda, al pie de un crucifijo, fué Borja invitado al perfecto sacrificio. Pero en la misma época en que el príncipe se abandonaba más inmoderadamente á sus deseos de penitencia, conservaba su serena y compasiva bondad. Nadie lo conoció austero ni triste; hablaba y escribía con jovialidad. La sincera humildad que le impulsaba á llamarse pecador, añadía á su virtud un admirable encanto, pero no velaba su vida con ninguna tristeza. Con razón se le llamaba *el bonísimo*.

A partir de 1546, en la capilla de su palacio, dedicada á San Miguel, comulgaba Borja diariamente. En el colegio tenía reservado un departamento muy sencillo, en donde se recogía para estudiar. Según unos, se levantaba á las dos de la madrugada y meditaba hasta las ocho; otros afirman que de cuatro á ocho.

«Me acuerdo de él—dice un testigo.—Llevaba vestidos muy pobres, de estameña ya usada. No faltaba gente, tanto eclesiástica como secular, que murmurara de él. Eran más mundanos que él, pero nunca modificó, por ello, ni cuidó más de su porte.»

Cerca de su palacio restauró, ó, mejor dicho, fundó el hospital de San Marcos, destinado á los enfermos del ducado. Visitábalo á menudo, y, semanalmente, conducía á él á sus hijos para habituarlos á la asistencia de

los pobres. Era muy caritativo; cuando salía, llevaba siempre consigo una bolsa llena de medios reales, y nunca daba menos de medio real. «Era tan generoso el duque—escribía Oviedo en 1549,—que en los cinco ó seis últimos años, dió cerca de cincuenta mil ducados, sin contar lo que antes había dado, y lo que se ignora.» Cada día le presentaba un médico la lista de los enfermos pobres que debía asistir. Todos sus limosneros tenían orden de dar con largueza.

Encontró contradictores, y Dios, según parece, permitió al demonio intervenir visiblemente y atormentar al santo duque; mas éste presentó buena cara al enemigo. Un día expulsó Borja al demonio rociándolo con agua bendita. Otro día, arrojado tres veces de su lecho, permaneció en tierra diciendo al demonio: «Acuéstate en mi cama, lo mereces mejor que yo.»

Había heredado de su padre gran devoción al Santísimo Sacramento, y la costumbre de acompañarle cuando era llevado á los enfermos. «Una vez—recuerda su hijo Carlos,—cazábamos muy lejos de Gandía, y nos hallábamos por completo dedicados á la persecución de la caza. Mi padre, el duque, se detuvo de repente, y después de prestar atención:—«Tocan»—exclamó, hablando de la señal que se hace en la ciudad antes de llevar el viático. Nosotros no oíamos nada; nos hallábamos á una ó varias leguas de la ciudad, en el valle de Alfandech ó en las llanuras de la Torre de Xaraco. Pero él afirmaba que sonaba la cam-

pana, y admirábase de que nosotros, más jóvenes, no tuviéramos el oído más fino que él. Volviendo la brida al momento, tomó el camino de Gandía. Le seguimos, y notamos que no se había engañado.»

Ni sus abundantes limosnas, ni sus fundaciones, ni la sencillez que observaba en su persona impedían al duque de Gandía tener un tren suntuoso. Cierta día le exponía su penuria un grande de España; á pesar de su fortuna, no tenía con qué comprar á sus pajes libreas nuevas, y se admiraba de ver á Borja tan pródigo. El duque confesó que Dios parecía renovar en su favor la multiplicación de los panes. A los que apartaban de él la idea de dar tanto á Dios, respondía que Dios le favorecía en la misma proporción de sus generosidades.

«El señor duque educa tan bien á sus hijos —escribía Oviedo en 1550,— que hay para alabar á Dios, en vista de los ejemplos de virtud y humildad que todos dan. Es una generación santa, dignos hijos de tal padre, padre de los pobres, sostén de las viudas, consolador de los afligidos y amigo de los siervos de nuestro Señor. Es un gran beneficio, no solamente hablar con un duque tan gran siervo de Dios, sino únicamente el mirar su rostro. Es ferviente en el servicio de Dios, educado en la contemplación, sencillo y doctísimo, lleno de temor y amor de Dios. ¡Dichosos tiempos aquellos en los cuales Dios nos daba tales ejemplos que imitar!»

Y el obispo de Cartagena, D. Esteban de

Almeida, escribía, el 28 de Abril de 1548, á la vuelta de un viaje á Gandía: «Regreso de Gandía, habiendo visto al duque D. Francisco, milagro de príncipes y caballeros, humildísimo y santísimo y verdaderamente hombre de Dios. La vista responde al renombre que difunden sus virtudes y buen gobierno; me he llenado de confusión al ver el poco fruto que obtengo en la vida sacerdotal y episcopal, en comparación de la vida de este caballero seglar. En verdad que puedo decir: *Verecundia mea contra me est, et confusio faciei meae cooperuit me*, (Presente tengo sin cesar mi vergüenza, y la confusión cubre mi rostro). El oprobio y la confusión me hacen enrojecer, y, como san Jerónimo, pienso que, en la Iglesia de Dios, hay seglares que dan ejemplo á muchos sacerdotes. ¡Oh, cuántas cosas he notado en el palacio del duque que no se ven en las casas sujetas á más grandes deberes! ¡Qué familia tan reformada! ¡Qué educación de hijos! ¡Qué gobierno de súbditos! ¡Qué religiosos en su compañía, no sólo los llamados de Jesús, sino un hermano lego de san Francisco, que se llama Juan Texeda, del cual no sabe uno qué admirar más, si su humilde sencillez, su prudencia sobrenatural, ó las luces que el cielo le comunica!»

*
* *

La obscuridad voluntaria en la cual Francisco de Borja se encerraba, no impedía que su mérito fuera siempre celebrado en la Corte.

El emperador Carlos V renunciaba tanto menos á sus servicios, cuanto los antiguos consejeros de su hijo habían muerto, y pensaba en el duque de Gandía para reemplazarlos.

Así, antes de reunirse las Cortes de Aragón en Monzón, durante el otoño de 1549, recibió Borja la orden de presentarse en ellas. Las Cortes duraron desde el 15 de Julio al 8 de Diciembre. El duque de Gandía fué uno de los cuatro *tratadores*, encargados de intervenir entre el príncipe y los Estados, y desempeñó su papel con tal éxito, que le valió el caluroso agradecimiento del emperador y del príncipe Felipe.

La misión que Borja desempeñó en aquellas Cortes no dejó de causarle bastante disgusto, por lo que escribía el 1.º de Diciembre: «Estoy á punto de regresar á mi casa, que bien lo necesito para descansar de las muchas molestias que he tenido que sufrir por todos conceptos». A San Ignacio no escribió más que una frase, pero elocuente: «Nuestro Señor—le decía el 28 de Diciembre—se ha dignado por fin sacarme de esta Babilonia de Monzón».

Pero en aquella Babilonia, había edificado profundamente el duque.

«El duque—escribían desde Monzón—es el modelo, el espejo de la Corte. Se atrae la admiración de todos, así como la amistad y estimación del príncipe.»—«En los Estados—refiere un testigo,—disponía el duque de abundante mesa, pero únicamente se le servía su escudilla de potaje y un poco de cordero. Nunca llevaba seda, y vestía muy sencillamente.»

El emperador apreciaba más que nadie el mérito siempre creciente del duque de Gandía, y de ninguna manera renunciaba á llevarlo á la Corte como mayordomo del príncipe Felipe. Esta perspectiva espantaba al duque, que temía, por otra parte, si volvía á Roma en vida de Paulo III, ser nombrado cardenal por este Papa, muy afecto á los Borja. Advertido San Ignacio de estos temores, solicitó del Papa, para un seglar cuyo nombre no citaba, el permiso de hacer la profesión solemne, y de permanecer tres años todavía en el mundo, á fin de concluir los negocios que en él le retenían. El Papa concedió este favor, y el 2 de Febrero de 1548, pronunciaba Borja en Gandía sus votos solemnes de religión.

*
* *

Este acto arrancaba para siempre del mundo al duque de Gandía, quien podría alegarlo en el caso de que el emperador le llamase á la corte. Carlos V persistía tanto en sus proyectos, que el 28 de Agosto de 1549 escribía Aráoz á San Ignacio desde Zaragoza: «Ayer me dijo un gran personaje que el príncipe se casaba con la infanta de Portugal, hija de la reina de Francia, y que se nombraba mayordomo mayor al duque de Gandía; me lo confió como un secreto y como cosa segura.» Pero este proyecto, tantas veces empezado, no se terminó nunca, y Borja no hizo otra cosa que aprovecharse del plazo que Paulo III le concedía para dar cima á sus empresas.

A fines de 1548 quedaba fundada la Universidad de Gandía y las fortificaciones de la ciudad tocaban á su fin. En 1548, el duque de Gandía casaba á su hijo Carlos, de dieciocho años de edad, con María Magdalena de Centelles, hija del conde de Oliva. Con ocasión de este enlace, acabó de restaurar su palacio; sembró los artesonados de la sala de honor de esas coronas radiadas, que son uno de los motivos prodigados también en los departamentos de Borgia, en el Vaticano. En el friso que corría en torno de la sala, hizo grabar esta austera inscripción: *Sic currite ut comprehendatis, quia non coronabitur nisi qui legitime certaverit*. De la corona humana que les transmitía, elevaba el pensamiento de sus hijos á la inmortal corona que su vida había de merecer.

El 28 de Octubre de 1548, Francisco de Borja desposaba á su hija mayor, Isabel, con don Francisco de Rojas y Sandoval, conde de Lerma, hijo del marqués de Denia.

El 20 de Abril de 1550, contraían esponsales en Valladolid doña Juana de Borja y don Juan Enríquez de Almansa y Rojas, tercer marqués de Alcañices.

El 21 de Enero de 1550, el duque de Gandía transfería su encomienda de la reina á su segundo hijo Juan, descargándose así de todas sus obligaciones. Su hijo Carlos y su cuñada doña Juana de Meneses, se encargaban de proteger y educar á sus tres hijos Alvaro, Fernando y Alfonso, de edad de dieciséis, trece y doce años respectivamente. Su última hija Dorotea era clarisa.

El 20 de Agosto de 1550, después de haber sufrido el examen del primero y cuarto libro de las Sentencias, el duque de Gandía recibió del rector de la Universidad el grado, el bonete y el anillo de doctor en Teología. La ceremonia de la investidura se hizo á puerta cerrada, en la biblioteca del colegio.

La sola obtención de este grado no probaba el saber de Francisco de Borja: el fundador de la Universidad merecía un doctorado honorario. Lo que más prueba su ciencia es la capacidad que mostró después en la dirección de los estudios de su Orden y el crédito que alcanzaron en todas partes sus predicaciones.

El 10 de Noviembre de 1549, moría el Papa Paulo III, después de dejar promulgado el jubileo para el año siguiente; nada se oponía ya á la partida del duque de Gandía á Roma. Hubiera deseado antes de dirigirse á ella, renunciar á sus Estados, pero San Ignacio le aconsejó que esperara algo más.

A principios de Julio, encargaba el duque al hermano Juan de Texeda, que fuera á participar á sus hijas Isabel y Juana y á su hermana doña Luisa, su próxima partida. Texeda fué desde luego á Tordesillas, á casa de la condesa de Lerma, y después á Toro, á la del marqués de Alcañices, pero murió repentinamente en Valladolid, antes de haberse reunido con la condesa de Ribagorza en Aragón, y ésta, ignorando la comisión confiada al franciscano, quedó dolorosamente emocionada cuando supo que su hermano había partido de España para siempre, y sin prevenirla.

Finalmente, el 26 de Agosto de 1550, en su habitación del colegio, firmó el duque su testamento.

Ningún testigo nos ha dejado relato alguno detallado de la partida del duque de Gandía. Pocas personas sabían que marchaba para siempre. Su propósito debió causar, sin embargo, mucha aflicción, porque el Padre Francisco Saboya escribía á Roma: «Las personas honradas se hallan muy enternecidas con la partida del señor duque. Los malos, *los ruines*, dicen que va á Roma para hacerse nombrar cardenal ó para que le hagan general de la Compañía de Jesús. Que Dios saque, de la admiración que experimentan los buenos, algo con que confundir á los demás, y á nosotros mismos, y que Dios dé á Vuestra Paternidad y á Su Señoría constancia para rechazar los honores que parecen amenazar al duque, á fin de que este santo duque permanezca en su santa humildad y sujeción, pues edifica más de esta suerte que no de cualquier otra manera.»

Este temor de los honores en perspectiva provenía, quizás, del siguiente hecho. El duque tenía la costumbre de sacar á la suerte un santo, protector del mes. Ahora bien, el billete que había salido últimamente, llevaba esta sentencia: *Tu pasces populum meum Israël, et tu eris dux super Israël* (II Reg., V, 25)⁽¹⁾. Leído este texto, Borja arrojó el billete, y quiso coger otro. Dos veces más sacó el mismo. Entonces se declaró vencido, pero quedó ansioso.

(1) Gobernarás mi pueblo de Israel y serás su jefe.

El santo duque estuvo en Valencia para despedirse de su santo amigo, el arzobispo Tomás de Villanueva. En Gandía abrazó á todos los religiosos, y encerrándose en la habitación del rector, el Padre Barma, se arrojó á sus pies, se los besó y le recomendó tiernamente sus hijos. Doña Juana de Meneses debió ver partir con profundo dolor á su hermano, del cual no se había separado desde hacía veinte años, y Borja, cuyo corazón, á la par que muy fuerte, era dulcísimo, experimentó sin duda al separarse de sus hijos, el más profundo desgarramiento que puede conocer alma humana.

Su hijo Juan le acompañó á Roma, así como los Padres Antonio Aróz, Andrés de Oviedo y otros siete jesuitas. La escolta del duque se componía de un mayordomo, un camarero, un escudero, un furriel y varios pajes y criados, diecinueve servidores en total. El 31 de Agosto, montó la caravana á caballo y se alejó de Gandía. Carlos de Borja mandó más tarde tapiar la puerta por la cual su padre había salido de la ciudad. Cuando se halló á dos tiros de piedra, en un camino hondo, cerca del cual se levanta hoy una cruz, Francisco de Borja se volvió para saludar por última vez á Gandía, y después entonó el salmo: *In exitu Israël de Egypto...* Y añadió: *Laqueus contritus est, et nos liberati sumus in nomine Domini!*⁽¹⁾

Francisco de Borja tenía entonces cuarenta años menos dos meses.

(1) Mis ligaduras están rotas, y yo estoy libre en nombre del Señor.